

ahora los paganos del mar del Norte, movidos por los crímenes y las flaquezas de la corte, empezarán á matar á la gente y á devastar el reino. »

*
* *

Y cuando Ginebra llegó á Almesbury habló á las monjas de este modo: — « Mis enemigos me persiguen, pero ¡ oh sosegada Hermandad! recibidme y dadme asilo en vuestra santa casa, y no me preguntéis mi nombre hasta que llegue el momento en que pueda deciroslo. » Y su belleza, su gracia, y la majestad de su aspecto, obraron sobre ellas á manera de un hechizo, y se pasaron sin hacerle la menor pregunta.

*
* *

Durante muchas semanas aquella majestuosa reina, tan amiga en otro tiempo del fausto y de la ostentación, permaneció oculta é ignorada en el convento, entre las monjas; ni trataba con ellas, ni decía su nombre, ni pedía Eucaristía ó confesión, de modo que, por decirlo así, vivía envuelta en su dolor como en un velo impenetrable. Tan solo platicaba con la doncellita, cuya irreflexiva charla la entretenía, haciéndola á menudo olvidarse de sí misma y de sus penas. Pero ahora, esta noche, la reina y la doncellita permanecen silenciosas. Un rumor, rápidamente divulgado en toda la comarca, ha llegado al con-

vento, y tiene á Ginebra pensativa. Dicese que sir Modred ha usurpado el reino y se ha confederado con los paganos, mientras que el rey está haciendo la guerra á Lanzarote. ¡ Qué triste noticia! La reina al oirla, pensó: — « Qué profundamente deben odiarme el pueblo y el rey! » y dejando caer la cabeza sobre las manos, permaneció muda larguísimo rato. Pero, por fin, la doncellita, que no podía sufrir el silencio, lo rompió exclamando: — « ¡ Tarde! ¡ Muy tarde debe ser! Qué hora será? » y como no obtuvo contestación, á los pocos instantes empezó á cantar bajito una tonada que de las monjas había aprendido, y que empezaba así: — « ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! » Lo cual oyendo la reina alzó la cabeza y dijo: — « ¡ Oh niña! si verdaderamente deseas cantar, canta y ensancha mi oprimido corazón, para que pueda llorar. » Y la doncellita de muy buena gana cantó como sigue:

*
* *

« ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! ¡ Y la noche fría y oscura! ¡ Es tarde, tarde, muy tarde! pero podemos entrar todavía. — Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

« No teníamos luz: de ello nos arrepentimos; y cuando el esposo lo sepa se apiadará de nosotras. — ¡ Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

No tenemos luz. ¡ Y es tan tarde! ¡ Tan fría y oscura la noche! ¡ Oh dejadnos entrar, para que encendamos

nuestras lámparas. — ¡Es demasiado tarde, demasiado tarde! No podéis entrar ya.

«¿No se nos ha dicho que el esposo es tan dulce, tan benigno? ¡Oh dejadnos entrar, aunque tarde, á besar sus piés! — ¡No, no! ¡Es demasiado tarde! No podéis entrar ya.» (1)

*
* *

Así cantó la novicia, mientras que, profundamente afectada, y con la cabeza oculta entre las manos, lloraba amarguísimamente la desgraciada reina, recordando los pensamientos que la agitaban aquella triste noche en que huyó al convento, pensamientos que el estribillo de la canción había evocado. Entonces la pequeña novicia le dijo con su habitual locuacidad:

*
* *

— «¡Oh noble señora! os suplico que no lloréis más. Permitid que mis palabras, las palabras de un sér tan humilde como yo, y que solo sabe obedecer, pues nada más le han enseñado; permitid que mis palabras os conforten

(1) La parábola que San Mateo refiere en los primeros versículos del capítulo XXV de su Evangelio, ha inspirado al poeta esta canción, que en el original tiene un encanto indecible. (N. del T.)

y os den aliento para soportar vuestros pesares; porque, seguramente, si sufrís no es por culpa vuestra: bien segura estoy de ello yo que os sé tan bondadosa y afable, y que veo vuestro noble y majestuoso porte. Pero comparad vuestras penas con las del rey nuestro señor, y comparándolas os parecerán menores y más llevaderas; pues el rey ha ido á hacer cruda guerra á sir Lanzarote en su propia isla, en torno del fuerte castillo donde guarda á la reina, y Modred, á quien dejó el cuidado de todo durante su ausencia, el traidor Modred... ¡Ah, querida señora! El dolor del rey por sí mismo, y por su propia reina y reino, debe ser tres veces mayor que el de cualquiera de nosotras. En cuanto á mí doy gracias á los santos de no ser persona principal. Porque si alguna vez me acaece alguna desgracia, lloro y me lamento á solas, y he concluído. Nadie lo sabe, y las lágrimas me han aliviado. Pero aunque los dolores de los pequeños fuesen tan grandes como los de las personas de alta esfera, hay que considerar que estas últimas vén juntarse á su dolor otro dolor no menos acerbo, y es que, por mucho que deseen guardar el secreto de sus penas, no pueden llorar trás una nube: como aquí en Almesbury se habla del buen rey y de la perversa reina, y si yo fuese un rey tan grande con una reina tan mala, bien podría querer echar un velo sobre su iniquidad, pero siendo un rey tan grande eso sería imposible.»

*
* *

Entonces la reina murmuró, como hablando con su triste corazón: — «¿Me matará la niña con su inocente charla?» Pero luégo alzando la voz, dijo: — «¿No hago bien en llorar si el pérfido, el traidor Modred, ha de puesto á su rey? ¿No hago bien en asociarme al sentimiento de todo el reino?»

*
* *

— «Sí; — dijo la doncella. — Esta desgracia deben principalmente sentirla las mujeres, porque *ella* es mujer; es mujer aquella cuya desleal conducta, cuyo perjurio ha llevado la perturbación y la ruína á la Tabla Redonda que el buen rey Arturo fundó hace años, con portentos, y maravillas, y milagros, allá en Camelot, antes de la venida de la reina.»

*
* *

Entonces la reina se dijo de nuevo: — «¿Me matará la niña con su indiscreta charla?» Sin embargo repuso de este modo: — «¡Oh doncellita, encerrada entre los muros del convento! ¿Qué puedes tú saber de reyes y de Tablas Redondas, ó de portentos y milagros, más que los sencillos milagros de tu convento?»

*
* *

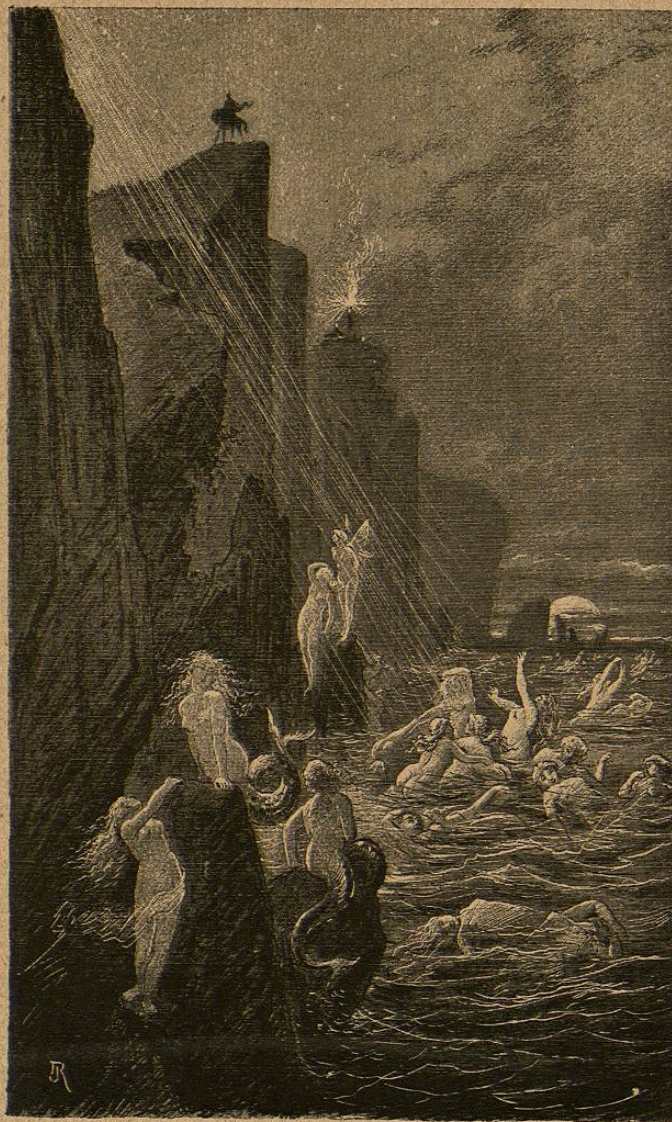
A lo cual la pequeña novicia contestó con encantadora garrulidad: — ¡Vaya si sé! Lleno estaba el país de portentos y maravillas antes de la venida de la reina. Así lo decía mi padre, que fué caballero de la gran Tabla desde su fundación. Dirigiase del Leonesado á Camelot, córte de Arturo, cabalgando por la orilla del mar, cuando hé aquí que una hora ó tal vez dos después de la puesta del sol llegó á sus oídos una música extraña, y deteniéndose y volviendo el rostro hacia aquel lado, vió brillar á lo largo de la solitaria costa del Leonesado, ostentando cada uno de su extremidad esbelto faro cuya luz rielaba en las inquietas aguas, los cabos que uno trás otro avanzan audazmente en el anchuroso piélago occidental; y á la luz de los faros nadaban las blancas sirenas, y extraños y fornidos séres con pecho y espaldas de hombre se enderezaban sobre las aguas, y enviaban sus graves acentos marinos á través de toda la comarca, siendo contestados por los duendecillos que moran en las concavidades y en las grietas de la costa, cuya voz era semejante al sonido lejano del cuerno. Así contaba mi padre, sí por cierto, y añadía además que á la mañana siguiente al atravesar un bosque donde apenas penetraba la luz, él mismo vió á tres espíritus, locos de alegría, precipitarse sobre una alta flor del borde del sendero, la cual se balanceó con el peso, como se balancea el cardo silvestre cuando tres pardillos riñen por la semilla; y además, todos los días, al anochecer, veía flotar delante de su caballo una rueda de duendes que giraba y desaparecía volando, para formarse,

girar y desaparecer de nuevo en los aires, y era que la tierra toda estaba llena de vida. Y cuando por fin llegó á Camelot, una rueda de ágiles bailarines daba vueltas en torno de la lámpara del salón, y en el salón hubo un



banquete tal como jamás hombre alguno pudo soñar, pues cualquier vianda que deseara, érale servida á cada caballero por invisibles manos; y al mismo tiempo, según decía también mi padre, en las bodegas, extraños y mo-fletudos séres de abultado abdomen sacaban los tapones y permanecían á horcajadas sobre las cubas mientras que el vino corría libremente: tan alegres estaban los genios y los hombres antes de la venida de la pecaminosa reina.»

*
* *



Ginebra entonces con cierta amargura, exclamó: — « ¿Tan alegres estaban? Malos profetas eran todos ellos, genios y hombres. ¡Cómo! ¿Ninguno de ellos, ni siquiera tu sabio padre con sus portentos y maravillas, pudo prever los males que han caído sobre el reino? »

*
* *

— « Sí; uno de ellos, un bardo (1); — repuso la locuaz novicia. — Un bardo de quien mi padre solía decir que había cantado muchos sublimes cantos de guerra en la presencia misma de las flotas enemigas, en la arenosa playa del mar, entre las embravecidas olas y los horribles peñascos de la escarpada costa; y también no pocas místicas canciones sobre la vida y la muerte, allá en las humeantes cumbres de los montes, cuando en torno suyo se inclinaban los genios de la montaña con sus cabellos cubiertos de rocío flotando en el aire á manera de ondulante llama. Así decía mi padre; y añadía que una noche el bardo cantó las gloriosas guerras de Arturo y celebró al rey como á uno á quien faltaba poco ó nada para ser más que hombre, y se burló de los que le llamaban hijo adúlterino de la mujer de Gorlois, porque, en verdad, no había hombre alguno que supiera de donde había venido. Sabíase solamente que después de una tempestad, durante

(1) Merlin. *N. del T.*

la cual las olas bramando horriblemente azotaron con furia inusitada las costas de Bude y de



Bos, lució un día tan sereno como el firmamento, y que aquel mismo día fué encontrado un niño desnudo en la arenosa playa del negro Tintagil, á la orilla del mar de Corn; que aquel niño era Arturo, y que los que le habían encontrado cuidaron de él hasta que por obra de Dios fué hecho rey, y que su muerte sería un misterio para todos los hombres, como lo había sido su nacimiento. Sabíase además que su reinado sería

glorioso, y que si le fuese dado encontrar una mujer tan grande y virtuosa como él, bien podían entonces entre los dos cambiar la faz del mundo. Pero al llegar aquí el bardo empezó á tartamudear y por fin se detuvo, y cesó de tañer el arpa, y su rostro se cubrió de mortal palidez, y se tambaleó y hubiera caído sino porque los que le rodeaban le sostuviéron. Y aunque jamás quiso contar su visión ¿qué duda puede haber de que sus proféticos ojos vislumbraran el inicuo pecado de Lanzarote y de la Reina?»

*
* *

Esta, al oír las últimas palabras de la niña, pensó: — «¿Quién lo hubiera creído? La abadesa, tan sencilla al parecer, y las monjas, la han puesto para burlarse de mí;» y bajando la cabeza permaneció en silencio.

*
* *

Entonces la novicia, llorando y juntando las manos exclamó que era una vergüenza ser tan habladora, y locuazmente reprobó su propia locuacidad, y dijo que las buenas monjas á menudo refrenaban su incansable lengua, y, «querida señora — añadió — refrenadme también vos, si sin tener en cuenta que estáis demasiado triste para escucharme, os he groseramente molestado con mi charla y con las historias que mi buen padre me contaba; refre-

nadme y no permitáis que con mi falta de crianza afrente la memoria de mi padre, que fué uno de los caballeros más comedidos y de más distinguidas maneras que hubo en su tiempo, aunque él mismo solía decir que las de Lanzarote eran las más distinguidas, y murió en una justa, en el próximo verano serán cinco años, y me dejó en la orfandad; pero decidme os ruego — y reprendedme si mi pregunta os parece indiscreta — ¿de los demás caballeros que quedan y principalmente de los dos más celebrados por su cortesía, quién, mientras viviais entre ellos, tenía mas distinguidas maneras, Lanzarote ó nuestro señor el rey?»

*
* *

Entonces la Reina, pádida de emoción, alzó la cabeza, y contestó: — « Sir Lanzarote, cual cumple á un noble caballero, era cortés con todas las damas, y lo mismo en las batallas campales como en los torneos se guardaba muy bien de aprovecharse de sus ventajas, y el rey en los torneos y en las batallas tampoco se aprovechaba de sus ventajas, y estos dos eran entre todos los cortesanos los de mejores y más distinguidas maneras; y es que las maneras no son una cosa vana, sino el fruto de un buen natural y de un noble ánimo.»

*
* *

— ¿ Son en verdad las maneras un fruto tan hermoso? »
— dijo la doncella. — Entonces las de Lanzarote tienen que ser mil veces menos nobles, siendo él, según todos los rumores, el más desleal amigo que hay en todo el mundo.»

*
* *

Y la reina contestó tristemente: « ¡ Oh tú, que vives encerrada en el estrecho ámbito de un convento! ¿ Qué sabes del mundo, de su luz y de sus sombras, de sus felicidades y miserias? Si alguna vez Lanzarote, ese nobilísimo caballero, fué por un instante menos noble que él mismo, ruega por él para que se libre del castigo del fuego, y llora por la que le arrastró á la perdición.»

*
* *

— « Sí, — dijo la pequeña novicia; — ruego por los dos; pero tan pronto creería que las maneras de Lanzarote son tan distinguidas como las del rey, como que las vuestras, querida señora, serían tales cuales son, si fueseis la inicua reina.»

*
* *

Así la niña, como otros muchos habladores, ofendió á aquella á quien quería lisonjear y abrió la herida en vez de